



Humberto Chaves Cuervo
Cuentos ilustrados
para Sábado

Hijos del dolor

José Restrepo Jaramillo

En 1921 surgió la revista Sábado.

Su primera etapa se inició el 1 de mayo de 1921 y terminó con número 100 del 7 de julio de 1923.

Durante este período se inició la publicación de cuento inéditos ilustrados por destacados artistas como Humberto Chaves.

Portada de la revista Sábado
No. 117 - 14 de Marzo de 1929

ABADO



AUTORES ANTIOQUEÑOS

AUTORES Sala de Lectura
Biblioteca General
de A.



No. 117 Marzo de 1929

Oleo de Don Humberto Chaves,
profesor de pintura en la Escuela
de Bellas Artes



10c

Investigación y edición: María Teresa Lopera Chaves

Transcripción: Beatriz Elena Lopera Chaves

Realización:
Proyecto Humberto Chaves Cuervo - Pintor



www.chaves-pintor.com

LOS CUENTOS DE "SABADO"



Ilustración de H. Chaves

¿Cómo iba a silbar y a gritar si no tenía aliento para ello; si a duras penas se le venía el pecho y poner en movimiento el cuerpo? ¡Chichi estaba hecho de goma, enseñado a trepar por los postes, a agarrarse de un auto en carrera, a salir de las embestidas de los coches en la Cautina de los Monjes! Con qué fuerzas iba a pegar el brinco para desgajar el colehón de avisos que abrumaban el tablero! Para esto se necesitaba un alma íntegra y retorzona como había sido la suya; un alma que tendría algún pingajo muerto, triste; porque la chillona y saltarina se había quedado allá arriba, en el Cementerio de los Monjes, acurrucada en la cajita blanca donde yacía Chichi.

No quiso arrimar a la esquina de La Basilla. En uno de los bancos de La Playa se sentó cabizbajo, pensativo, mirando a intervalos el continuo ir y venir de la gente, como con otros ojos, con unos ojos bobos y fríos que no eran los suyos. La procesión iba por dentro y Lolo seguía con ella, mientras la vida desfilaba por sus pupilas quietas, como las nubes por el cristal de un lago muerto.

En su pecho se agitaba la bestia rebelde de la protesta por el mal que se le había venido encima. No podía convenir con que Chichi, el hermanito y compañero de trabajos y de rapacerías, se hubiera largado del mundo, así como tan de mentiras. ¡Si antes estaba bueno y sano, corriendo con él por todas partes, tirando la gorra en alto, gritando *zambol* en todas las puertas, y acompañando con atronador silbido aquella marcha de Carmen que rebotaba

en la calle como racimo de cascabeles enloquecidos! Y ahora, ahora la vida era bien clara y bien distinta. Chichi estaba en el cementerio; Chichi no volvería a silbar, ni a coquear, ni a saltar, ni a jugar. Chichi se había ido y no había quedado solo, completamente solo...

Quién sabe qué bárbara enfermedad mordió tan fieramente al pobrecito limpiabotas; porque en dos días lo puso tan pálido que alumbraaba, tan condolido que se le caía la cama y tan triste que se le caían los párpados. Ni para morir se tuvo alientos; se fue quedando ahí, cadavérico; se fue quedando ahí, sin moverse siquiera, como si no se fuera a morir, como si su alma hubiera sido de seda, de humo, de nada.

Un tío suyo consiguió la cajita, y en ella acomodaron al pequetón bien limpio y arreglado, vestido con el trajecito blanco que suministraron las caritativas vecinas.

Lolo creyó morirse también cuando lo vio en la sala, cuando oyó los gritos de su madre, cuando lo llamó desesperado y lo acarició en vano, cuando llegó el tío y se llevó el cajoncito para la iglesia de Boston. Detrás saltó él, encogido, tembloroso, sintiendo unas tenazas que le agarraban la garganta y unas púas que se clavaban allá dentro, en algún punto por él ignorado y ni siquiera sospechado, que ahora se revelaba grande y doloroso.

En la iglesia, el cura leyó algo en un libro, echó agua bendita sobre la caja y luego se retiró. Dos o tres curiosos miraron salir el pequetón cortejo, sin

Ilustración: Humberto Chaves Cuervo

Autor: José Restrepo Jaramillo

Revista Sábado. Medellín. No.66.
7 de octubre de 1922. Pp.799 - 800

C

¡Cómo iba a silbar y a gritar si no tenía aliento para ello: si a duras penas lograba sostener la caja y poner en movimiento su liviana figura, ese cuerpo hecho de goma, enseñado a trepar por los postes, a agarrarse de un auto en carrera, y a esquivar las embestidas de los coches en la Cantina de los Moras!

¡Con qué fuerzas iba a pegar el brinco para desgajar el colchón de avisos que abrumaban el tablero! Para eso se necesitaba un alma íntegra y retozona como había sido la suya: y ahora, cuando más tendría algún pingajo muerto, un pedacito de alma triste: porque la chillona y saltarina se había quedado, allá arriba, en el Cementerio de San Lorenzo, acurrucada en la cajita blanca donde yacía Chichi.



No quiso arrimar a la esquina de La Bastilla. En uno de los bancos de La Playa se sentó cabizbajo, pensativo, mirando a intervalos el continuo ir y venir de la gente, como con otros ojos bobos y fríos que no eran los suyos. La procesión iba por dentro y Lolo seguía con ella mientras la vida desfilaba por sus pupilas quietas, como las nubes por el cristal de un lago muerto.

Y, sin embargo, la realidad era bien clara y aplastante: Chíchi había muerto: Chíchi estaba en el cementerio; Chíchi no volvería a silbar, ni a correr ni a poner cebo, ni a nada; Chíchi se había ido y lo había dejado solo, completamente solo... Quién sabe que bárbara enfermedad mordió al pobrecito limpiabotas: porque en dos días se puso tan pálido que alumbraba, tan consumido que lo encogía en su diminuta cama, tan débil que ni con los párpados podía. Ni para morir se tuvo alientos: se fue quedando frío y cadavérico. Se marchó silencioso, sin pedir cosa alguna, sin moverse siquiera como si no se fuera a morir, como si su alma fuera de seda, de humo, de nada.

U

Un tío suyo consiguió la cajita y en ella acomodaron al pequeñín bien limpio y arreglado, con el trajecito blanco que suministraron las caritativas vecinas. Lolo creyó morir también cuando lo vio en la sala, cuando oyó los gritos de su madre, cuando lo llamó desesperado y lo acarició en vano, cuando llegó el tío y se llevó el cajoncito para la iglesia de Boston. Detrás saltó él, encogido y tembloroso sintiendo unas tenazas que le agarraban la garganta y unas púas que se clavaban allá adentro en un punto por él ignorado y ni siquiera sospechado, que ahora se revelaba ancho y doloroso.

En la iglesia el cura leyó algo de un libro, echó agua bendita sobre la caja y se retiró. Dos o tres curiosos miraron salir el pequeño cortejo, sin que ninguno llorara ni se sintiera triste, lo cual aumentaba el pesar del infeliz sobreviviente. Ese dolor tan grande y tan palpable debía ser contagioso, debía alargarse y alcanzar a todos los que le rodeaban. ¿Por qué, pues, no lloraban los que pasaban a su lado?

Y

Y ahora se admiraba de encontrarse en aquel banco como si no acabara de ver el hoyo en que cayó Chíchi, como si no supiera que jamás volvería a salir con él. Francamente era muy guapo él que no se había muerto también, que había sido capaz de aguantarlo todo sin perder el sentido, que había bajado desde La Ladera, tal vez arrastrado por la costumbre, por la miseria, por la soledad en que quedaba.

Pero lo que no había podido soportar era ese remolino atronador que lo atormentaba internamente. El chisporroteo de las dos velas de la salita, los latines del cura, el chasquido de esas dos gotas cuando mancharon la cinta rosada y, sobre todo, los terrones que con tanta gana cayeron sobre su pobre hermanito; todo ello formaba en su cuerpo terrible colmena zumbadora, y todo junto le hacía un taco en la garganta que apenas le dejaba respirar. Era intolerable tanto fastidio y tanto dolor contenido. Se iría para la casa a llorar parejo con su madre, a darse contra las paredes, a caerse muerto.

HIJOS DEL DOLOR



S

Se levantó jadeante, se colgó la caja al cuello y salió caminando Playa arriba. Pero a poco oyó que alguien solicitaba un limpiabotas y automáticamente se dirigió al banco donde se hallaba uno de tantos tipos con el pantalón remangado mostrando la media de seda que salía de la zapatilla café.

El pobre Lolo abrió su caja, y sacó los cepillos y las glicerolas(sic) y comenzó su humilde faena. Untaba por aquí, cepillaba por allí, mientras su alma atormentada saltaba de su casa a la iglesia, y de ésta al cementerio. Había instantes en que el cepillo se aquietaba para que el frotamiento no impidiera oír esos ruidos sordos con que los terrones caían sobre la caja de Chichi. Era un sadismo espiritual del que no lograba desasirse el atribulado y con el que refrescaba un poco el hurente(sic) correr de su sangre.

En uno de esos momentos de dolorosa concentración, el elegante revisa la labor, mira con mayor detenimiento a la vez que truena en su verdadero lenguaje:

- ¡Cochino! ¿No ves que te estás tirando el calzado con esa glicerola negra? - Descarga la punta de la bota sobre la cara del infeliz atolondrado, y se levanta rápido en busca de alguien que enderece el entuerto.

Lolo nada pudo decir: su cabeza cayó desgonzada sobre sus instrumentos de labor, cual si un mundo de plomo gravitara sobre ella. Así permaneció largo rato, anonadado por la carga inmisericorde su destino.

Cuando al fin pudo enderezarse, vio que la tierra aun sorbía glotonamente lágrimas y sangre.

Fin

Contexto

Sí, será en esa esquina de la entonces avenida Izquierda de la quebrada Santa Elena, en el cruce con la calle Junín, al lado del puente del mismo nombre, frente a donde se construiría unos años después el edificio Gonzalo Mejía, con su Teatro Junín y su Hotel Europa. El mismo lugar que se llamó sucesivamente Puerta del Sol, La Gironda y La Toma de la Bastilla, refugio de truhanes y bandidos, hasta que fue comprado por don Hipólito Londoño en 1919, quien lo llamó Café La Bastilla y lo inauguró en 1920. Esto implicó la remodelación del antiguo local, oscuro y dividido en piezas, a manera de reservados, por un local aireado, iluminado, con espejos en las paredes y un mobiliario de mesas y sillas vienesas, con el toque de modernismo propio de la época que le aplicó el arquitecto Carlos Arturo Longas, el responsable de los planos y de la dirección de las obras.

Los cafés en la historia urbana de Medellín



El oficio de lustrabotas lo han ejercido personas humildes y sin duda, han hecho parte del paisaje urbano.

Sin embargo, esta profesión está destinada al olvido debido al cambio de costumbres en el uso del calzado, donde el zapato formal ha sido reemplazado por zapatillas deportivas en materiales que no requieren el arte del embolador.

José Restrepo Jaramillo

(Jericó 1896 -Medellín 1945)

Véase Biografía y obras en:

Pineda Rincón, Alejandro (2014) José Restrepo Jaramillo (1896-1945): desbordando montañas. Biobibliografía.

José Restrepo Jaramillo como escritor se une al grupo de los artistas como el propio Humberto Chaves que fueron reconocidos en su momento, pero que cayeron en el olvido, siendo prácticamente inexistentes para el público local:. Señala Jairo Morales

"A su presencia literaria constante en revistas y periódicos colombianos durante casi veinticinco años, hay que agregar la publicación de sus libros mientras vivía: dos colecciones de cuentos, una novela extensa, tres novelas breves agrupadas en un volumen y la inclusión de un cuento suyo en la antología titulada Cuentos, publicada en 1925 como segundo volumen de las Ediciones Colombia, de Germán Arciniegas. Difícil, pues, entender cómo una trayectoria descollante en su momento, y tan reconocida por el movimiento literario que le fue contemporáneo en el país, se encuentre tan olvidada entre nosotros hoy en día, y, sobre todo, que haya sido relegada tan pronto, como lo denuncia la ya mencionada anemia de reediciones de sus libro....

"Aunque por su año de nacimiento, 1896, pertenece en sentido estricto a la generación de León de Greiff, Fernando González, Ricardo Rendón y Pepe Mexía -para mencionar sólo a los más destacados -, es decir, a la de "Los Panidas", todos ellos nacidos entre 1894 y 1896, el azar quiso que en ese 1915, año de la irrupción del grupo, José Restrepo Jaramillo viviera en Jericó, su pueblo natal, donde comenzaba a ejercer de maestro de escuela. Dicha circunstancia lo privó de esa luz que ilumina a los miembros de los grupos o vanguardias afamados, de esa estela que de tarde en tarde repasa a sus figuras egregias y redime a quienes fueron de segunda fila."

Morales Henao, Jairo. José Restrepo Jaramillo y la renovación de la narrativa colombiana en el siglo XX (2016). Medellín. Vivir en el Poblado. 24 de noviembre

Encuentre un análisis de los cuentos Pepino, El empleado público e Hijos del dolor en el contexto de la modernidad en:

Londoño Mesa, Andrés Felipe (2010). José Restrepo Jaramillo y la experiencia de la modernidad en los cuentos de 1922. VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.

Chaves Vive!

(1891 - 1971)

MAESTRO - PINTOR - PUBLICISTA



www.chaves-pintor.com

Contenidos sujetos a
Licencia Creative Common CC BY-NC-ND 4.0